



EN TORNO AL PROCESO DE CIVILIZACIÓN

Norbert Elias nos introduce en el estudio del "proceso de civilización", analizando cómo las coacciones que nos convierten en seres civilizados se nos han impuesto de forma ciega y han sido dictadas por los intereses y el poder de los grupos dirigentes

ENTREVISTA CON NORBERT ELIAS

Pregunta. ¿Qué diferencia existe entre el hombre que apuñala con el cuchillo al comensal que tiene a su lado en la mesa y el hombre que no puede servirse de él para cortar la ensalada? ¿No es quizás ésta la cuestión fundamental a la que usted intenta responder en su libro sobre *El proceso de civilización*?

Elias. Planteado así resulta demasiado esquemático y simplificador. De todos modos es cierto que esas dos maneras de utilizar el cuchillo indican dos momentos de un largo desarrollo histórico en el que las sociedades y pueblos occidentales han cambiado enormemente. Se han "civilizado", proceso que ha durado más de quinientos años y durante el cual los hombres se han visto sometidos a toda una serie de imposiciones. Es precisamente este proceso de civilización el que constituye el objeto de mi libro cuyo título en alemán es *Über den Prozess der Zivilisation*¹.

P. Pero, ¿quién era ese hombre que apuñalaba tan fácilmente a su vecino de mesa, ese hombre anterior al "proceso de civilización"?

Elias. No tergiversar mis palabras haciéndome decir que ésa era una práctica habitual, ni que la civilización comenzó de repente, a partir de cero. Los hombres de todas las sociedades han observado siempre ciertas reglas para relacionarse entre ellos. Pero el análisis de los hechos muestra que a partir de finales de la Edad Media el uso del cuchillo en la mesa comenzó a ser regulado de una forma nueva por la aristocracia cortesana y más tarde por todos los grupos sociales. Guerreros violentos, señores feudales que peleaban sin cesar o se preparaban para el combate, hombres con pasiones extremas que iban del placer al odio y que tenían suficiente poder como para ceder normalmente a sus impulsos, comenzaron entonces a autoimponerse determinadas normas durante las comidas. Se transforma-

ron así en cortesanos domesticados. Todas las estructuras sociales y mentales de los pueblos europeos cambiaron a partir de entonces de forma drástica

P. ¿Cuáles fueron esas normativas a las que se ha referido y cómo podemos conocerlas?

Elias. Existen documentos desde la Edad Media, concretamente tratados sobre el *savoir-vivre*, pero nunca habían sido estudiados en serio. En los documentos más antiguos encontramos un sencillo precepto: "No limpie sus dientes con su cuchillo". Se puede afirmar, por lo tanto, que el uso del cuchillo en la mesa implicaba entonces pocas regulaciones, sin embargo esta primera prohibición indica la dirección de futuros desarrollos. Textos posteriores, de finales de la Edad Media (por ejemplo el *Book of Curtesye*), afirmaban: "No dirija el cuchillo hacia su cara, porque es peligroso y provoca miedo". El cuchillo, durante mucho tiempo a la vez arma y único utensilio para comer, se transformó así en un símbolo de peligro y de muerte. Esto generó un sentimiento de preocupación que condujo a su estricta reglamentación y posteriormente a la supresión de su uso en sociedad. En 1560, por ejemplo, se encuentra en un tratado de "civilización" la regla, todavía actualmente en uso, según la cual el cuchillo debe de ofrecerse por el mango y nunca por la punta. La explicación de tal forma de actuar es que "sería incorrecto hacerlo de otra forma".

Nosotros podemos sin embargo, reconocer en ello tendencias emocionales subyacentes: apuntar hacia alguien con el cuchillo es un gesto de ataque. En este momento histórico la sociedad comenzaba a preocuparse por la seguridad individual y rodeaba los símbolos, los gestos y los instrumentos de amenaza, de un arsenal de tabúes. Resulta interesante comparar este desarrollo con el que tuvo lugar en China, en donde el cuchillo de mesa dejó de usarse desde hace siglos.

P. ¿Y qué sucedió con el tenedor?

Elias. En un principio aparece como un instrumento exótico. Fue necesario que pasasen cinco siglos, desde el siglo XI al XVI, para que los ricos y los poderosos sintiesen la necesidad de servirse de él en la mesa. Una crónica del siglo XI narra cómo su uso causó un escándalo en Venecia. La gente estaba muy sorprendida al ver a una princesa bizantina llevar la comida a la boca con "un pequeño tenedor de oro de dos dientes". Esta novedad fue considerada entonces pecaminosa. Los sacerdotes imploraron un castigo divino y la princesa se vio afligida por una repugnante enfermedad. San Buenaventura declaró que dicho mal había sido un castigo del cielo.

El tenedor comenzó a utilizarse en Francia a finales de la Edad Media (procedente de Italia), para pasar después a Inglaterra y Alemania. Al principio los cortesanos que comenzaron a servirse de él eran ridiculizados ya que, según parece, eran muy torpes y la mitad de la comida del tenedor se les caía "entre el plato y la boca". En realidad el tenedor fue utilizado en un principio para coger trozos del plato común. Todavía en el siglo XVII el tenedor (fabricado en oro o en plata) era un lujoso instrumento usado sólo por la nobleza cortesana y por algunos ricos imitadores de esta clase pertenecientes a la burguesía.

P. ¿Por qué se extendió entonces el uso de un instrumento que en un principio resultaba incómodo y fue mal recibido?

Elias. Los libros de urbanidad del siglo XIX sirven para proporcionarnos una respuesta: porque "sólo los caníbales comen con los dedos" o porque comer con los dedos es "antihigiénico". Pero éstas son únicamente justificaciones tardías; la explicación real nos reenvía a un lento y profundo cambio en el subconsciente de las gentes de una determinada sociedad. Estas personas habían comenzado a elevar un muro afectivo entre sus cuerpos y los de los demás. El tenedor ha sido uno de los signos para marcar distancias entre los cuerpos de las otras personas y el cuerpo propio. Rechazar el cuerpo, aislarlo, avergonzarse de él, intentar ignorarlo, supone un cambio considerable. Durante siglos este muro no existió.

P. ¿Qué era lo que existía antes del muro?

Elias. Me gustaría poner un ejemplo extremo que quizá pueda resultar hoy ofensivo. En el *Galateo*, un tratado de buenas maneras de 1558, existía un capítulo entero sobre cómo satisfacer las necesidades corporales. Voy a citar el siguiente pasaje: "Si encuentra algo repugnante en la calle es indecoroso volverse hacia quien le acompañe y mostrarle la suciedad. Y se debe evitar aun más presentar a los demás cosas hediondas, como acostumbran a hacer aquellos que acercan su nariz a ellas y dicen: "huele realmente apestoso". Por el contrario deberían decir: "no lo huelo, porque apesta".

Si el *Galateo*, que se dirige a la aristocracia, se toma la molestia de enfatizar esta práctica para condenarla, está claro que se debe a que dicha práctica existía. Obviamente constituía un alegre y amigable gesto pero, ¿qué nos indica?: que ni el cuerpo ni sus funciones eran entonces percibidos como algo desagradable. En la actualidad este tipo de prácticas serían patologizadas. Por el contrario, antes del Renacimiento estas acciones eran practicadas con una

«La sociedad rodeaba los símbolos, los gestos y los instrumentos de amenaza, de un arsenal de tabúes»

ingenuidad que nosotros hoy apenas podemos imaginar. Entonces la gente hacía sus necesidades en público, con naturalidad y con placer; se hacía el amor abiertamente en la misma estancia en la que estaban los hijos (en ocasiones en la misma cama que se compartía con uno o más de ellos); se comía la comida del mismo plato con los dedos; se tomaba la sopa del mismo cuenco y, en ocasiones, se escupía al suelo algún trozo que no resultaba agradable. Las personas mantenían entre ellas unas relaciones muy diferentes de las que nosotros mantenemos en la actualidad.

Gracias y desgracias del cuerpo

P. ¿Se puede afirmar entonces que eran más tolerantes?

Elias. Se relacionaban entre sí de un modo diferente a como lo hacemos hoy. Contamos en este sentido con un conciso texto de Erasmo, el humanista renacentista, quien en la *Diversoria*, de 1523, describe así la sala de una posada alemana: Alrededor de noventa personas se encontraban allí reunidas; personas pobres y también ricas y nobles; hombres, mujeres



y niños. Unas lavaban sus ropas, y otras sus manos en un agua tan sucia que se lavaban en balde; la gente escupía en cualquier parte y algunos limpiaban los zapatos encima de la mesa. A la hora de la comida cada uno mojaba su trozo de pan en el plato común, le metía un bocado y lo mojaba de nuevo. La habitación estaba muy caliente y todo el mundo sudaba. Muchas de las personas estaban enfermas. Algunas sufrían el 'mal español' y eran más peligrosas que los leprosos, según confiesa uno de los personajes de Erasmo. "Es verdad", decía otro, "pero los hombres valientes se ríen de ello". Sin embargo, lo que hoy habría resultado intolerable era entonces posible por esta ausencia de distancia entre los cuerpos. El cuerpo de otra persona no era algo embarazoso; no se sentía la necesidad de mantener distancias. Una de las manifestaciones del proceso de civilización consiste precisamente en la creación de esas distancias y en la multiplicación de reglamentaciones y prohibiciones. Con el paso del tiempo este proceso se desarrolló poco a poco, llegando estas normas a hacerse inconscientes y por tanto automáticas. Se puede así comprender lo que Freud llama "super-ego".

P. Pero, ¿cómo y por qué ha llegado a ser algo inaceptable en un momento determinado escupir en la sopera o sonarse en el mantel? ¿Cómo y por qué se imponen esas distancias entre los cuerpos y en relación al cuerpo?

Elias. Respondamos en primer lugar a la cuestión del 'cómo'. Se puede decir, simplificando, que la restauración de un poder real fuerte supuso la desaparición de una aristocracia caballeresca, anárquica y violenta, que encarnaba la antigua manera de vivir. En torno al rey se formó una aristocracia cortesana muy diferente de la nobleza guerrera medieval, cuya domesticación era exigida por la estructura misma del poder real. Esto implicó un cambio profundo en las actitudes y en las costumbres sociales cotidianas que se manifestó en un primer momento en la Corte y que se propagó más tarde al resto de las clases sociales. Europa entera se transformó siguiendo este modelo cortesano y se puede afirmar que todavía hoy seguimos siendo un poco producto de esa civilización cortesana, pese a las distintas revoluciones que desde entonces han tenido lugar.

P. ¿No cree que en la actualidad comenzamos a rebelarnos de un modo profundo contra "la civilización"? ¿Qué piensa, por ejemplo, del retorno a la desnudez?

Elias. Estoy seguro de que las bañistas desnudas de las playas del sur de Francia constituyen una agradable visión. Su actitud plantea, sin duda alguna, cues

tiones a los sociólogos. Pone de manifiesto un acrecentamiento del poder de la mujer: una mujer que puede mostrar las piernas y los senos ha dejado de ser propiedad de su padre o de su marido. Y ello supone un paso decisivo pero, ¿es realmente una liberación? Digamos que la cuestión sigue abierta.

Tomemos otro ejemplo, otra práctica nueva: el *streaking*. Alguien se pone desnudo en la calle y corre. Pues bien, lo que más me sorprende no es tanto la desnudez como la carrera que, en realidad, parece una huida. Si usted quiere, es una pequeña rebelión, pero que refleja sobre todo la fuerza de los tabúes que rodean el cuerpo, tabúes que no han dejado de incrementarse desde la Edad Media. Cuando una familia acudía en aquella época a los baños públicos, su desnudez, por el contrario, no llamaba la atención a nadie. Un texto de la época narra cómo en las pequeñas ciudades alemanas las personas se desnudaban en la casa; luego, toda la familia, el padre a veces en calzoncillos, pero la mujer y los hijos totalmente desnudos, se dirigían hacia los baños por estrechas callejuelas.

La desnudez no provocaba entonces reacciones de vergüenza. Por la noche la gente dormía desnuda, y si alguien utilizaba camisa de dormir, se pensaba que tenía alguna deformidad física. En el *Roman de la Violette*, una sirvienta se asombra de ver a su señora acostarse en *chemise*. La señora le dice que tiene una marca en el cuerpo. En las casas de baños no sólo era general la norma de la desnudez, sino que además hombres y mujeres no estaban separados. Una miniatura de Breslau muestra a los bañistas descansando por parejas debajo de las bóvedas; las parejas, hombres y mujeres, están desnudas. En medio se ve una tapia con frutas y bebidas. Una perfecta e ingenua forma de ver la desnudez.

P. ¿Qué papel juega la camisa de dormir en el paso que va desde la ingenuidad a la vergüenza y el pudor?

Elias. El mismo que desempeñan el tenedor y el pañuelo, que además surgen en la misma época. La camisa de dormir es un "instrumento de civilización", un símbolo de la transformación del trabajo ejercido sobre el cuerpo: un "muro emocional" comienza a erigirse entre el hombre y su propio cuerpo.

P. ¿Y el pijama?

Elias. Su adopción provocó reacciones que a nosotros hoy nos parecen sorprendentes. Generó un escándalo, ya que resultaba ofensivo para el buen gusto y la modestia; fue un signo de la desintegración de las normas establecidas... En 1936 el pijama era todavía objeto de polémica. Los "verdaderos



hombres", se decía en *The People*, "no usan pijama. Usan camisas de dormir y desprecian a los hombres que se ponen prendas afeminadas tales como el pijama. Theodore Roosevelt usó camisa de dormir al igual que lo hicieron Washington, Lincoln, Napoleón, Nerón y otros muchos hombres famosos..."

P. ¿Qué significó pues la generalización del pijama?

Elias. No creo que su utilización haya constituido un indicador de una crisis de civilización —no más que el retorno actual de la desnudez—. Los pijamas eran un atuendo para dormir más "cómodo", mejor adaptado a una vida social más dinámica y abierta, como ocurre con el deporte, el turismo, el camping que nos hace dormir de un modo menos íntimo, menos oculto que en el siglo pasado.

P. Permítame una pregunta más sobre la desnudez y el pudor. ¿Cómo se explica que en los países en los que ha habido una revolución, como en China o en Rusia, el pudor, e incluso el puritanismo se hayan exarcebado? ¿No cree que debería suceder lo contrario?

Elias. Me parece que estos fenómenos están ligados a un proceso al que los sociólogos no han prestado demasiada atención: el proceso de formación del Estado. En China este proceso se está desarrollando en la actualidad y conlleva consecuencias muy duras



para la vida de todos. El problema es cómo producir y a la vez preservar la unidad nacional. En este sentido establecer un código único de comportamiento, una disciplina general, se convierte en una necesidad. El puritanismo sexual forma parte de este código.

P. ¿Y en Rusia, sucede lo mismo?

Elias. Sí, más o menos, y también en la India. En todos los nuevos países en vías de formación se producen intentos de reforzar y unificar los códigos de comportamiento. El comunismo es básicamente una ideología de formación del Estado nacional.

Placer y violencia

P. ¿Y qué ocurre con la violencia? ¿Qué transformaciones sufre en el proceso de civilización?

Elias. Durante los últimos siglos hemos pasado de una violencia impresionante, que no podemos imaginar fácilmente, a una violencia menor y a un autocontrol de la agresividad. En la sociedad medieval la violencia estaba inscrita en la estructura misma de la vida social. Los guerreros eran la clase dirigente. La existencia consistía literalmente en rapiña, luchas, caza de hombres y de animales. Los documentos conservados sugieren inimaginables descargas afectivas en las que los hombres, salvo excepcio-

nes, se abandonaban cuando podían a los placeres extremos de la ferocidad, el crimen, la tortura, la destrucción y el sadismo.

P. Los "guerreros" no eran sin embargo muy numerosos...

Elias. Todos los grupos sociales, y no sólo los guerreros, participaban de la violencia. Las ciudades no eran mucho más pacíficas. Conocemos la crónica de un tal Mathieu d'Escouchy, natural de Perona. La primera impresión es que se trata de un honrado hombre de letras bastante pacífico; pero después nos damos cuenta de que él y los suyos estaban permanentemente enzarzados en terribles querrelas que se dirimían a golpe de cuchillo o sirviéndose de matones a sueldo. Se le condenó seis veces a mazmorras; se peleó con un monje que lo dejó herido, pero esta tumultuosa vida no le impidió convertirse en aliado y procurador del Rey. Posteriormente le encontramos de nuevo en el ejército, de donde volvió mutilado. Falsificó una orden real y fue enviado a París como "ladrón y asesino". Se peleó con un magistrado de Compiègne; fue condenado, torturado, rehabilitado, condenado de nuevo... El caso de Mathieu no deja de ser, sin embargo, un ejemplo entre otros muchos. En esa época los hombres se mataban unos a otros por nada. La religión, las creencias, no atemperaban esta violencia sino que participaban de ella. Para llegar a controlar nuestra agresividad en relación con los demás ha sido preciso un considerable trabajo "civilizador".

P. ¿No estamos, sin embargo, ahora retornando a la violencia? Al menos ésta es una de las críticas que con frecuencia se hacen a nuestra civilización.

Elias. A mi juicio la violencia actual no es muy fuerte salvo, naturalmente, para quienes la sufren. Si nos comparamos con nuestros antepasados, somos como niños de pecho. Me refiero claro está a la violencia que se produce entre particulares de nuestras sociedades y no a la violencia entre Estados, que ha sufrido una ingente mutación desde que la ciencia, la técnica y la movilización de masas le han proporcionado gigantescos medios. En la actualidad no nos imaginamos realmente cómo era una sociedad violenta, una violencia basada, por ejemplo, en la esclavitud.

La Roma antigua no conoció prácticamente restricciones en relación con la violencia. Esta violencia se ejercía sobre centenas de millares de seres y solamente se veía amortiguada por el temor de perder valiosas propiedades. Se puede uno imaginar los abismos de sadismo a los que se podía llegar. En el

África negra se han conocido sociedades guerreras en las que, de vez en cuando, existía una sobreabundancia de esclavos que eran entonces masacrados mediante sacrificios rituales que servían a la vez para eliminar bocas inútiles. En esos momentos la sangre regaba las calles. Ésas sí que eran sociedades violentas. Nosotros vivimos hoy en sociedades relativamente pacíficas, pero a la vez atormentadas por la contradicción de tener que prepararse sin cesar para conflictos internacionales y, por lo tanto, para la violencia; sin embargo, internacionalmente nuestras sociedades se mantienen controladas. Por supuesto, si la sociedad se disgregase, los tabúes podrían desaparecer y la violencia podría reaparecer en todos los países.

P. ¿Es ésa una conjetura absurda?

Elias. No se puede nunca descartar la posibilidad de una completa desintegración de la sociedad humana. ¿No sería esto lo que ocurriría si estallase una guerra nuclear? Pero, por lo demás, no comparto el pesimismo actualmente tan en boga. Nuestras sociedades me parecen extraordinariamente flexibles y capaces de hacer frente a los problemas actuales.

P. ¿No consiste precisamente uno de estos problemas en el hecho de que estamos ahogándonos por el peso de las normas y, sobre todo, por el del inconsciente de la civilización? ¿Si la civilización se caracteriza por sujeciones cada vez mayores y más severas, podremos soportarlas sin rebelarnos?

Elias. La civilización no es exactamente eso, sino más bien la imposición de una red de restricciones limitadas que tienden a atenuar los excesos en el placer, la violencia, la desigualdad... Las actuales críticas a la civilización no me parece que sean una contestación, sino más bien, por el contrario, una nueva etapa de este proceso moderador. Algunas coacciones se habían convertido probablemente en algo exagerado.

P. ¿Cuáles?

Elias. Por ejemplo, en el terreno sexual se habían multiplicado las prohibiciones desde el Renacimiento hasta finales del siglo XIX. No cabe duda que tenían por finalidad atemperar ciertos excesos pero, ¿hasta qué punto? No lo sabemos, y esto es lo que es sorprendente; nos sometemos a prohibiciones sin saber por qué ni para qué, por lo que a veces llegamos demasiado lejos. Tal sería el caso de la extraordinaria hipertrofia causada por el tabú contra la masturbación que aparece en los manuales de educación del siglo XVIII y se desarrolla en la literatura médica adoptando la forma de una teoría del

«El cuerpo de otra persona no era algo embarazoso»

onanismo. En el siglo XIX la masturbación se convirtió para el adolescente en un pecado terrorífico, en una espantosa amenaza para su salud y su integridad mental. En la actualidad, al rechazar este tabú la sociedad rechaza un exceso y confirma la tendencia del proceso de civilización hacia la moderación. Otro ejemplo: la abstinencia prolongada impuesta a las jóvenes antes del matrimonio constituye también otro de esos tabúes excesivos, un "barbarismo" corregido por el desarrollo del movimiento civilizador. Pero, al mismo tiempo, el aumento del poder de las mujeres impone restricciones a los hombres: una nueva forma de relación entre los sexos está en vías de formación.

P. ¿No se trataría de un simple retorno a una situación más natural?

Elias. No creo que exista una oposición entre civilización y naturaleza: se trata de una de esas pseudoalternativas que no resiste un análisis puntual. Por otra parte no es una excepción, ya que la mayoría de esas oposiciones conceptuales que movilizan las pasiones de los hombres me parece que son estereotipos que no guardan relación con la realidad. Recuerde





usted esas querellas escolásticas entre materialismo e individualismo, racionalismo e irracionalismo, e incluso entre capitalismo y comunismo. Los comunistas no son comunistas ni los capitalistas capitalistas. Pero para volver a la oposición civilización/naturaleza, digamos brevemente que si la naturaleza del hombre fuese radicalmente opuesta a la civilización el proceso de civilización nunca habría tenido lugar.

Códigos y autocontrol

P. ¿En su opinión, hasta dónde puede llegar esta liberación de las costumbres? ¿Hasta qué punto puede uno liberarse de las imposiciones en una sociedad?

Elias. ¿Quién será el osado que se atreva a responder a semejantes preguntas? Todo lo que uno puede decir es que ciertas normativas han sido integradas a nuestra personalidad hasta el punto de que es difícil decir si cumplen alguna función, y en el caso de que la cumplan, en qué consiste. Si usted mete la mano en el plato de sopa o carne, me pregunto si sus compañeros de mesa se sentirán cómodos. Dicho esto, ¿por qué no hacerlo? Era lo que se hacía en una

«La civilización es más bien la imposición de una red de restricciones»

época en la que aún no existía la necesidad de utilizar tenedor.

P. Pero, esos célebres "buenos modales" que todo padre de familia intenta imponer a sus hijos todavía hoy, ¿no son precisamente coacciones cuya función debe ser cuestionada? Por otra parte, al mismo tiempo criticamos aquello que inculcamos. Incluso entre la burguesía resulta de buen tono reírse un poco de todo esto...

Elias. La relación es más verbal que real. De hecho seguimos aceptando y practicando "las buenas maneras" porque responden a nuestra sensibilidad. En realidad seguimos siendo criaturas de esa "educación cortesana" que ha nacido en los medios aristocráticos y se ha extendido a la sociedad burguesa para generalizarse más tarde al resto de las clases sociales. Pero, al mismo tiempo, criticamos esas buenas maneras en tanto que símbolo de una clase "superior" que durante largo tiempo se ha impuesto "distinguiéndose" y que en la actualidad ha sido puesta en cuestión. Existe una relación muy estrecha entre la distribución del poder en la sociedad y el proceso de civilización. He señalado esto en mi libro sobre *El proceso de la civilización*, pero ya lo había analizado más en profundidad en *La sociedad cortesana*.

P. Pero, ¿por qué los propios grupos dirigentes simulan en ocasiones criticar este código de distinción?

Elias. Porque se cuestionan a sí mismos en la medida en que la estructura del poder de la sociedad cambia. Los antiguos códigos son criticados, incluso por aquellos que se benefician de ellos.

P. Según usted fue una élite, la aristocracia cortesana, el origen del proceso de civilización. ¿Hay que deducir de esto que en una sociedad de masas, en una sociedad igualitaria, se habría agotado la fuente del proceso civilizatorio?

Elias. No lo creo, eso sería negar el juego de las relaciones dialécticas que existen entre los grupos sociales. Yo no creo que haya sido una sola clase la autora de los cambios y que las restantes los hayan seguido pasivamente. Lo que defiende es que la aristocracia cortesana ha sido durante siglos una de las canteras de donde se han extraído modelos de comportamiento, modelos que correspondían a cambios profundos en la estructura social. Y esto es lo que explica su difusión entre las distintas clases sociales en Francia y en Europa. En la actualidad las sociedades están comprometidas en un proceso de democratización que a mi juicio no va a frenar en

«Seguimos aceptando y practicando "las buenas maneras" porque responden a nuestra sensibilidad»

absoluto el movimiento civilizador. Me parece, por el contrario, que la democratización discurre a lo largo del proceso de civilización, como sucedió en otros tiempos con la aristocracia cortesana.

P. ¿Cómo es eso?

Elias. La democratización implica una específica y menos desigual distribución del poder en la sociedad. No existe pues un modelo único como ocurría con la Corte, y los códigos de comportamiento tienden a establecerse por tanteos, a través de acuerdos, sin que vengan impuestos desde el exterior. Esto es quizá lo que ocurre, por ejemplo, con los automovilistas: se produce un mayor control de los conductores sobre sí mismos. Y creo que esto es algo importante, ya que en las sociedades en las que la desigualdad entre los grupos está disminuyendo se vuelve necesario un mayor autocontrol. Cuando un grupo manda y los otros obedecen es más simple, pues cada uno sabe lo que debe hacer; pero cuando ya no existe esta marcada situación de superioridad e inferioridad se necesitan más precauciones para entenderse con los demás, para trabajar con ellos. El proceso de civilización sigue implicando este mayor autocontrol que tiende a la moderación a la vez que supone una flexibilización de las prohibiciones y de los tabúes impuestos desde el exterior.

P. ¿Cómo se le ha ocurrido investigar la conducta social, analizar ciertas costumbres a las que hasta entonces no se les había prestado atención tales como escupir en la mesa, sonarse en el mantel,...

Elias. Hace unos cuarenta años yo había comenzado a estudiar el liberalismo en Francia en el siglo XIX. Al remontarme en el pasado me encontré con actitudes y palabras como "cortesía", "civilidad" y "civilización" que me llevaron a reflexionar sobre el proceso de civilización.

P. ¿Y cómo siendo usted ciudadano británico y de origen alemán se ha interesado por acontecimientos de la historia francesa?

Elias. Es un poco la historia de un amor no correspondido. En 1933, cuando Hitler subió al poder, me refugié en un principio en Francia pero el sistema universitario francés no me aceptó. En Inglaterra he tenido más suerte y las bibliotecas han puesto a mi

disposición verdaderos tesoros sobre la Edad Media francesa. Mis trabajos, sin embargo, han sido en un principio considerados poco dignos desde un punto de vista académico. *El proceso de la civilización* fue escrito en 1939 y no se publicó en Alemania hasta 1969, fecha en la que salió a la luz por vez primera, después de numerosos avatares debido a las persecuciones nazis y a la guerra. Es un libro que estuvo a punto de no ser editado... Actualmente soy europeo..., tengo discípulos en los Países Bajos, en Alemania, en Inglaterra...

P. Una última pregunta relativa a la libertad. La civilización consistiría en el control progresivo de las pulsiones, en una constelación de restricciones que afecta a lo que los hombres consideraban en otro tiempo "libertades": matar, violar, robar... ¿Cómo saber qué libertades podemos reivindicar legítimamente sin poner en peligro esta civilización?

Elias. En primer lugar hay que conocer mejor el proceso de civilización, paso previo para comprender cómo las coacciones que nos convierten en seres civilizados han sido impuestas de forma ciega, han sido dictadas por los intereses y el poder de los grupos sociales dirigentes. En primer lugar, por la aristocracia cortesana y después por los burgueses, sus herederos. Con frecuencia el resultado ha sido negativo. Por ejemplo, si el cincuenta por cien de las mujeres son frías y el cincuenta por cien de los hombres impotentes como consecuencia de las imposiciones sexuales, se debe con toda probabilidad a que son excesivas e inadecuadas. El hombre en sociedad no puede prescindir de ellas, pero puede criticar la manera en que han sido impuestas, su intensidad y su forma. Tenemos que descubrir las funciones que cumplen ya que sólo así podremos controlarlas mejor. El progreso en este terreno únicamente puede provenir del conocimiento. Sólo así podremos detener esa continua sangría del placer humano que en ocasiones me encoge el corazón...

Traducción: Julia Varela

Entrevista publicada en *Le Nouvel Observateur*, el 29 de abril de 1974.

NOTAS

1. Y no *El proceso de la civilización*, como se ha traducido en castellano (FCE, 1987).
2. Ed. FCE, 1982.